



Nuestro artículo de cabecera este mes contiene cifras concretas que atañen a iglesias menonitas en USA; sin embargo la situación indicada puede que se esté extendiendo en otros lugares. No está de más que pensemos en nuestras comunidades aquí en España y consideremos si tal vez estemos acusando una tendencia parecida: «El número de jóvenes criados en familias menonitas, enseñados y bautizados en la fe en comunidades menonitas, pero que con el paso del tiempo se distancian de esta comunión eclesial, parece estar aumentando».

Recordemos nuestro bautismo

por John D. Roth

Un domingo, esta primavera, nuestra congregación se reunió —como todos los años— para celebrar bautismos. El evento es uno de los momentos más especiales del año y una de las señas de identidad más importantes de nuestra comunidad. Nos congregamos en el salón social para desayunar juntos. Luego, mientras se recogen las mesas, alguien arranca a cantar el viejo himno «I Went Down to the River to Pray» (*Bajé al río a orar*), que entonamos con sentimiento antes de salir al aparcamiento y meternos a los coches para ir en caravana al parque que da al río que pasa por la ciudad. Al romper el alba, la congregación se acomoda en sillas plegables o sentada en mantas sobre la hierba, para el culto bautismal. En cierto momento un miembro de la iglesia —si los que se bautizan son jóvenes,

suele ser el responsable del grupo juvenil— hace una breve presentación y recomendación respecto a cada uno de los candidatos al bautismo. A continuación, los propios candidatos toman la palabra para expresar la seriedad de su compromiso de fe. Una vez se han pronunciado las palabras solemnes con los votos bautismales, la atención de la comunidad entera se centra en el punto culminante de la mañana: el bautismo por inmersión y la acogida que reciben los nuevos miembros —entre sus resoplidos empapados— con una toalla blanca y con oraciones de bendición comunitaria. Igual que suele pasar todos los años, la ceremonia esta primavera produjo sentimientos de gozo y honda emoción: para cuando acabaron las oraciones de bendición, había gente con el pañuelo en la mano.

Con todo, por debajo de este gozo tan evidente de la ocasión, existen ciertas realidades incómodas. En nuestra ceremonia de esta primavera, fueron nueve los jóvenes que se presentaron para el bautismo. Si las tendencias generales dentro de la Men-

nonite Church USA se reflejan en nuestra iglesia local, podemos suponer que dentro de diez o veinte años la mitad de los que se bautizaron ya no estarán asistiendo a ninguna iglesia. Algunos sin duda estarán participando en iglesias de otras denominaciones; pero sólo unos pocos seguirán participando activamente en una comunidad menonita. Es difícil hacerse con estadísticas de fiar para esta cuestión. Con todo, es a todas luces aparente que el número de jóvenes criados en familias menonitas, enseñados y bautizados en la fe en comunidades menonitas, pero que con el paso del tiempo se distancian de esta comunión eclesial, parece estar aumentando. En 1989, el 45% de los miembros de nuestras iglesias tenían menos que 45 años; hoy, sólo el 30%. Entre tanto, la edad media de nuestros miembros ha ascendido de los 45 a los 54 años. Alguien que dice tener datos fiables afirma que puede que haya tanto como 2.000 adultos jóvenes «ex-menonitas» en el área metropolitana de Denver; una realidad que seguramente tiene sus parecidos en casi

También en este número:

Ritos para momentos sagrados	4
Valora la diversidad (2)	5
Noticias de nuestras iglesias	6
El libro de Colosenses	8

cualquiera ciudad importante en Estados Unidos.

La decisión de adultos jóvenes a abandonar o distanciarse de la Iglesia menonita es parte de un patrón que incide en las iglesias cristianas en general; y el motivo de este éxodo es complejo y diverso. Con todo, sin pretender alcanzar a ofrecer un análisis definitivo, quisiera centrarme en uno de los componentes posibles de esta tendencia poco alentadora: nuestras actitudes y prácticas con respecto al bautismo.

El bautismo siempre ha sido uno de los ejes principales de la identidad menonita. Los anabaptistas del siglo XVI fueron ejecutados por su insistencia en que seguir a Cristo requiere el compromiso consciente del creyente; y que el bautismo era un símbolo de ese compromiso, «la señal exterior de una transformación interior», que no un rito sacramental que tuviera poderes milagrosos en sí mismo. Bien entendido dentro del marco general de las convicciones cristianas, los menonitas siguen manteniendo que el bautismo de creyentes está basado en el testimonio bíblico y es teológicamente coherente. Con todo, hay tres áreas por lo menos hoy día donde nuestras actitudes y prácticas con respecto al bautismo merecen mayor reflexión.

1. Nuestra práctica generalizada de instrucción catequética previa al bautismo es buena, pero a todas luces insuficiente.

Mi esposa, que es profesora de primaria, tuvo que estudiar una serie de asignaturas obligatorias previas a obtener su licenciatura. Pero el Estado también entiende que para que su carrera como profesora pueda tener éxito, es necesario que ella siga un

plan de educación continua. Sin embargo este principio, que resulta tan obvio en el mundo profesional, parece haberse perdido en la iglesia.

Exigimos clases de catequismo antes del bautismo, sí, pero la educación cristiana continua después de esa admisión formal a la comunidad, es algo puramente voluntario. Las clases de Escuela Dominical o de estudio de algún libro están bien, pero tienden a ser puramente un intercambio de opiniones sobre cualquier tema, sin que se preste mucha atención a la *Confesión de fe* ni a las enseñanzas meridanas de la iglesia. Una vez obtenidos los requisitos para ser admitidos como miembros, la mayoría avanzamos por la vida sin que nunca se nos exija repasar el temario.

2. Nuestro énfasis en la importancia de la elección personal de bautizarse encierra un aspecto esencial de lo que significa seguir a Jesús: Dios no nos obliga a creer; aceptar el perdón de Dios y hacerse discípulo de Jesús es una decisión auténtica.

Pero en nuestro contexto occidental contemporáneo, nuestro énfasis en la necesidad de decir que sí al don de la gracia divina, puede confundirse fácilmente con el individualismo y la libertad de elecciones personales que define nuestro consumismo y nuestras democracias liberales. En la manera anabaptista de verlo, el bautismo por decisión propia es siempre una afirmación pública de lealtad —una profesión de lealtad a Cristo y a su iglesia—, no una reivindicación de los derechos del individuo. Bien es cierto que emprendemos este camino con

diferentes niveles de madurez personal y con diversidad de formas de entender lo que significa someternos al discernimiento de la comunidad. Pero no hay nada en nuestra teología que diga que es natural que haya una etapa en el desarrollo espiritual del miembro bautizado, cuando tiene que apartarse de la iglesia para pensarse las cosas. Sin embargo tengo la impresión de que algunas iglesias han acabado por aceptar que los jóvenes «tienen que» pasar por una etapa así.

«Necesitan espacio para replantearse las cosas», decimos. O: «No queremos interferir», o: «Insistir sólo haría que se aparten de la iglesia incluso más que ahora». Estas ideas tal vez sean pastorales en intención, pero el mensaje que se da a entender es que los compromisos públicos sobre la decisión más fundamental que jamás vayamos a emprender en la vida, sencillamente carecen de importancia. En nuestro deseo de hacer que nuestros jóvenes se sientan menos culpabilizados acerca de su compromiso que ha perdido fuerza, les comunicamos —sin querer— que el compromiso en sí había sido una cosa insignificante, reforzando así la lógica de un individualismo que es absolutamente contrario a nuestra forma de entender el bautismo como admisión a una comunidad de fe.

Cuando un matrimonio empieza a poner en entredicho su compromiso mutuo, alguien en la iglesia necesita acercarse y abogar por la permanencia del matrimonio. Si el bautismo como compromiso público es que significa algo, entonces tenemos que considerar que los miembros de la comunidad que están ausentes o inactivos exigen el mismo tipo de intervención de urgencia y atención pastoral, que lo que nos parece natural con nuestros hermanos que se empiezan a plantear el divorcio.

3. Los anabaptistas del siglo XVI tenían buenos motivos para rechazar una manera de entender el bautismo como ritual «mágico» (controlado por el clero y hecho con bebés



que jamás recordarían el acto) que de alguna manera, en sí mismo, cambia nuestro estado ante Dios.

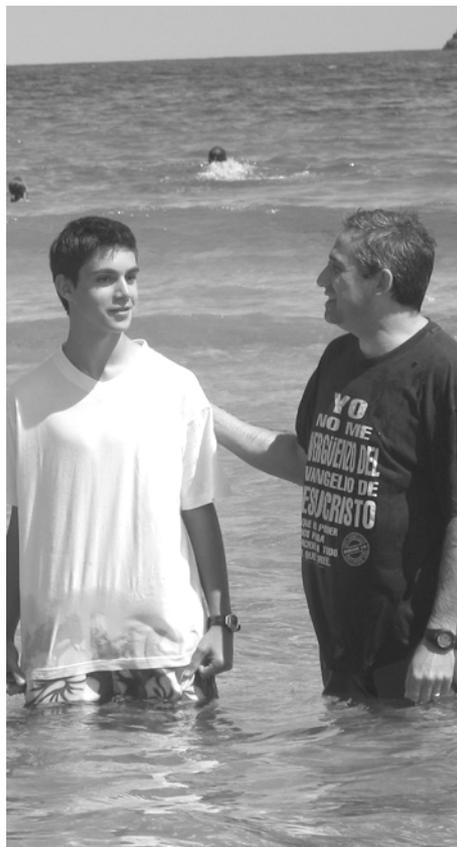
Hemos entendido que el bautismo es un signo y no un «sacramento». Pero ese mismo impulso antisacramental ha estimulado una manera de entender el bautismo hoy día como «tan sólo» un signo, como «meramente» simbólico —como si el acto en sí careciera de importancia. Pero, igual que sucede con el matrimonio, nuestros votos bautismales son más que solamente un signo. Obviamente, la boda no hace el matrimonio; la labor más ardua para establecer un matrimonio perdurable está todavía por delante. Con todo, el pronunciamiento público de los votos matrimoniales constituye un acto operante, que cambia la realidad.

Nuestro estado ante Dios y ante la comunidad es diferente después de la boda que lo que fue antes. Asimismo, nuestro bautismo es más que solamente mojarnos. Con él, hemos recibido la marca de la cruz y Cristo nos ha reclamado como suyos. El bautismo nos «hace un tatuaje», de tal manera que ya nunca seremos iguales que antes.

Yo animaría a nuestras comunidades a una toma de conciencia acerca de cuáles son nuestras presuposiciones y prácticas con respecto al bautismo, replanteándonos en particular estos tres puntos.

¿Hasta qué punto hemos hecho de la educación continua en cuanto a las enseñanzas meridionales de la iglesia, una parte normal y exigible de la vida de iglesia —algo que está plenamente integrado en el régimen de alimentación espiritual de cada uno de los miembros bautizados, durante toda nuestra vida adulta?

¿Hasta qué punto nos estamos tomando seriamente nuestra responsabilidad colectiva de «atar y desatar»? La iglesia honra el compromiso de sus miembros toda vez que se interesa en las circunstancias cuando un miembro se traslada a otra comunidad o deja de asistir a ninguna iglesia. Tal interés no es ni un castigo ni una intromisión sino la consecuencia natural que nace



del amor y de la convicción de que el discipulado cristiano es inconcebible fuera del cuerpo reunido de Cristo.

Por último: ¿Hasta qué punto vemos el bautismo no sólo como un símbolo sino como una respuesta pública a la invitación de Dios al discipulado, marcada por la presencia transformadora del Espíritu Santo, que necesitamos recordar y renovar constantemente?

En el transcurso de las últimas décadas, he participado en conversaciones ecuménicas con representante de la Iglesia Luterana. Aunque tenemos nuestras diferencias fundamentales con respecto al bautismo infantil, no deja de impresionarme un aspecto de la teología luterana del bautismo. En prácticamente todos los cultos luteranos a que he asistido, alguien derrama agua de una jarra en una jofaina, mientras anima a todos los presentes: «Recordemos nuestro bautismo». La mayoría de las iglesias luteranas tienen también una fuente con agua jun-

to a la entrada, donde los que entran pueden mojarse un dedo —no por considerar que se trata de agua bendita, que es lo que yo pensaba que creían, sino como gesto de recuerdo consciente de su bautismo. En la liturgia y las prácticas luteranas, entonces, existen recordatorios frecuentes y concretos de que puesto que nuestro bautismo en Cristo es para toda la vida, es necesario estarlo recordando constantemente. La ironía para mí —en cuanto menonita— es que, al contrario que casi todos los luteranos, yo sí puedo recordar mi bautismo. Pero sin embargo casi nunca me recuerdan que sea importante recordarlo.

Al concluir nuestra celebración del bautismo este año, incorporamos un elemento nuevo. Concluida la oración de bendición, los nueve miembros nuevos salieron entre los demás, cada uno con un vaso de agua. Se invitó a los miembros bautizados a recibir de los miembros nuevos una bendición, a manera de una cruz trazada sobre la frente con un dedo mojado, junto con la exhortación: «Recuerda tu bautismo».

Somos olvidadizos. Recordar nuestro bautismo —a la manera de un catequismo continuado; el interés consecuente en saber qué ha sido de los miembros que se han ausentado; y recordatorios frecuentes, en el culto, del hecho de haber sido reclamados para Cristo— no servirá por sí solo para invertir la tendencia al éxodo de miembros bautizados de nuestras comunidades. Pero puede que tal vez nos ayude, por lo menos a algunos, a mantener vivos nuestros compromisos y a despertar de nuevo la consciencia de la presencia de Dios en nuestras vidas. Y puede que nos recuerde que nuestra participación en Cristo —y por tanto en el cuerpo de Cristo— es algo para toda la vida, algo que hay que estar renovando continuamente.

—Traducido con permiso por D.B. para El Mensajero, de © The Mennonite, 16 sept. 2008.

Ritos que indican momentos sagrados

por John A. Esau

Los menonitas nunca han identificado de manera sistematizada los ritos especiales que observamos como iglesia. Informalmente, solemos mencionar a veces dos «ordenanzas» (en el sentido de «órdenes» o «mandamientos» de Jesús), a saber, el bautismo y la comunión. El caso es que practicamos otros ritos también, aunque nunca hayamos hecho una lista cerrada de los tales.

La Iglesia Católica, al contrario, identifica siete sacramentos: bautismo, confirmación, eucaristía, reconciliación, unción de los enfermos, órdenes sagradas, matrimonio.

No hace falta que empecemos a aceptarlos como «sacramentos», es decir, como medios de obtención de la gracia divina, tal como lo entiende la Iglesia Católica. Pero creo que tiene mérito el pensar en ellos como un todo, como enumeración de los ritos que se practican.

Lo más parecido a esto que tenemos en la Iglesia Menonita figuraría, por ejemplo, en el *Manual de ministerio* de la Iglesia Menonita de USA. Allí se sugieren maneras de proceder y se identifica el sentido que pueden tener diversos ritos. Sin embargo no se describen de manera sistemática ni se ven como un todo, relacionando una cosa con las demás. Tampoco es que haya ningún mérito sagrado en que la lista sea de siete, por bonito que quede y por importante que sea en la Biblia ese número en relación, por ejemplo, con los siete días de la creación. Con todo, me voy a atrever a sugerir siete ritos que podrían ser constitutivos de una manera menonita de entender y practicar la vida cristiana.

1. La dedicación o consagración de los hijos y sus padres. Esto se suele realizar durante el primer año de vida, pero no es necesario limitarlo a ese período.

2. El bautismo de creyentes convertidos, tras un período de catequismo o preparación para el bautismo. Esto viene a constituir también la

afiliación a la iglesia como miembros de la misma. Es muy importante, dentro de la manera menonita de entender, vincular inseparablemente la dimensión vertical, de relación con Dios, que simboliza el bautismo, con las relaciones horizontales dentro de la iglesia como comunidad de hermanos y hermanas.

3. La Comunión, o Cena del Señor. Entre los menonitas y demás anabaptistas, algunas comunidades siguen manteniendo viva la tradición de celebrar, a la vez, el Lavamiento de pies, así como un ágape comunitario.

4. El matrimonio. Por mucho que el matrimonio sea también un rito de estado civil reconocido por el Estado, en la iglesia pronunciamos nuestra bendición de lo que significa esta relación en el seno de la comunidad cristiana y para la familia cristiana.

5. La unción con aceite. Si bien se suele practicar en particular como rito de curación para los que están enfermos, puede cobrar significado también en otros momentos diversos cuando se quiere comunicar la especial bendición y amor de Dios.

7. La ordenación o comisión de los que han de servir a la iglesia en representación pública y guía espiritual. Incluye la «imposición de manos» bíblica y su significación se expande cuantas veces la persona asume una nueva responsabilidad de esta índole.

Los primeros seis ritos atañen a la vida de cualquier miembro de la iglesia. Sólo la ordenación se suele reservar para determinadas personas que desarrollan un ministerio particular. También es frecuente interpretar el propio bautismo como un acto de comisión por el que cada creyente se dedica al servicio y el ministerio cristiano.

Estos ritos nos brindan los puntos de contacto más íntimos con el sentido sagrado de nuestras vidas y con nuestros compromisos de fe. Aquí la comunidad de fe toca al individuo en

la forma más directa e íntima. En estos momentos se crean memorias, se reafirma la fe, se brindan compromisos de confianza y se fortalecen conexiones con la realidad espiritual.

Por eso pienso que es natural afirmar que estos son los siete ritos espirituales de uso habitual en las iglesias menonitas.

—Traducido por D.B.
para El Mensajero,
de © Mennite Weekly Review,
15 sept. 2008.

¿Y qué de la confesión?

Me llama la atención que John A. Esau no mencione la confesión entre los ritos de uso corriente en las iglesias menonitas. Me parece que es muy posible que no la menciona porque ha caído en desuso. Sin embargo, en mi opinión, si no ofrecemos ninguna oportunidad para poder confesarnos unos a otros nuestras debilidades, luchas y necesidades de mejora personal y espiritual, nos estamos negando unos a otros el poder sobrenatural para vencer, que viene de escuchar palabras que reafirman la aceptación, el perdón y el amor de Dios. Si no hay confesión, me temo que tampoco habrá, muchas veces, el apoyarnos unos a otros en oración e intercesión, para que podamos vencer en la tentación. Desde luego, la confesión mutua no debiera dar lugar nunca a cotilleo y condenación; y puede ser que es por haber degenerado en ello que la confesión en comunidad haya caído en desuso. Pero aunque con esto se rompa la belleza simbólica del número siete, a mí no me cabe duda que el de la confesión mutua en comunidad —seguida de palabras de perdón y oraciones de intercesión— es tan necesario como cualquier otro rito en la vida cristiana.

—Dionisio Byler

Renunciar y disfrutar:

Valora la diversidad (2)

por José Luis Suárez

En el artículo anterior, analizamos la parábola del cuerpo humano, que el Apóstol Pablo utiliza para hablar de la iglesia, considerándola como paradigma para valorar la diversidad. En esta segunda parte, quiero enumerar los elementos que son consecuencia de la aceptación de la diversidad, para terminar, como en cada artículo, con algunas sugerencias para poder ir más lejos con el tema.

1. Diversidad es decir no a la uniformidad.

Cuando asumimos que cada ser humano es único y diferente, estamos valorando y celebrando esta diferencia en todas las áreas de nuestra existencia. Es desde esta consideración, cuando la uniformidad, o lo que algunos llaman «el pensamiento único», no tiene cabida en esta manera de entender la fe, y no solo no tiene cabida sino que empobrece la vida de la humanidad.

2. La diversidad implica diferencia.

Cuando asumimos la diversidad como estilo de vida cristiana, reconocemos que ni uno mismo ni su grupo (nuestra iglesia) es el único —ni el mejor— que vive la fe; puesto que existen otras familias, tribus, pueblos que, con matices diferentes, también viven la fe. Esta afirmación no es un problema, es más bien una riqueza.

3. La diversidad es pluriformidad.

Con esta afirmación, uno asume que tiene una visión particular de su propia vida, de su propio grupo. Uno es conciente que la interpretación que hace de la vida, de la fe, a pesar de toda la diversidad existente, es la mejor para él, pero que no es la única posible. Es tomar conciencia de la variedad. La pluriformidad, en ningún

momento significa una amenaza.

4. Unidad y diversidad caminan juntas.

La unidad y la diversidad no son incompatibles, todo lo contrario, pueden y deben vivir juntas. El mejor ejemplo lo tenemos en Dios mismo que es al tiempo diversidad y unidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo). Dios es uno, pero al tiempo diversidad en su forma de acercamiento al ser humano.

Para ir más lejos con el tema:

Vive cada día la diversidad.

Si ves un árbol distinto, ayúdalo a que crezca distinto.

Si ves un río distinto, abre cauces para que corra distinto.

Si ves un pájaro distinto, canta con él y déjalo volar distinto

Si ves un camino distinto, alégrate porque además de tu camino hay otros caminos distintos.

—Demetrio González

Cooperando en la diversidad se triunfa.

Cuenta una historia sufi, que un ciego y un paralítico se tropezaron uno con el otro en medio de un bosque. Ambos se encontraban perdidos y se enfrascaron en una conversación compartiendo sus relatos sobre su vagar por el bosque durante largo tiempo.

Mientras conversaban, con tristeza, el paralítico le dijo al ciego, tú no puedes ver, ni yo puedo caminar, por lo cual es imposible que podamos salir de este bosque ya que llevamos horas y horas sin ver pasar a nadie por este lugar. De repente, el ciego le dijo al paralítico con una exclamación: ¡Ya sé lo que podemos hacer! Súbete en mis hombros y tú me dices por

donde caminar. Juntos vamos a encontrar la salida de este bosque.

Así lo hicieron. Uniendo sus capacidades consiguieron lo que aisladamente, de forma personal, no habrían conseguido durante mucho tiempo.

Algunas propuestas de reflexión para el tema.

1. ¿Puedes encontrar experiencias vividas en las que, con la ayuda de los demás, has podido lograr lo que tú solo no podías?

2. Haz una lista de las dificultades que encuentras en la relación con los demás que te dificultan vivir la diversidad. ¿Con cual de los cuatro ejes del modelo del cuerpo se relacionan más estas dificultades? [«Ejes del cuerpo»: ver *El Mensajero* N° 70, pp. 3-4.] ¿Te da alguna pista para trabajar con estas dificultades el descubrimiento hecho?

3. ¿Con cual de los cuatro ejes del modelo del cuerpo te sientes más a gusto y con cual más incomodo? ¿Te da alguna pista para trabajar la diversidad?

Valorar la diversidad es una realidad que cuando la vivimos nos permite vivir en paz y armonía con toda la creación. Dios nos ha creado diferentes para que nos complementemos unos a otros. Nuestro semejante posee aquello que nos falta y nosotros podemos aportar aquello de lo que él carece.

Saber vivir con el otro tal cual es, ver la manera en que se puede lograr una mejor relación, sin negar sus diferencias en relación a nosotros y aprovechar todo lo bueno que tiene para dar, es todo un arte que, cuando se cultiva, produce enormes satisfacciones y elimina muchos de nuestros miedos y nos permite vivir la relación con los demás en actitud de confianza y de aprendizaje, actitud que genera el disfrute de la vida.

Continuará...



Noticias de nuestras iglesias

Manifestación

Burgos, 7 julio 2008 — Una de las tareas donde más hemos crecido últimamente en La Casa Grande (órgano social y misionero de la Comunidad de Burgos) es en trabajo coordinado con las demás ONGs de la zona, sobre todo para la sensibilización y educación para el desarrollo. Además de la comisión local del Ayuntamiento, también colaboramos con la Coordinadora de ONGs de Castilla y León. En la foto vemos a nuestro personal animando una reciente manifestación en la plaza Mayor de Burgos, convocada por la coordinadora regional.



La concentración se preparó el 7 de Julio, ante la reunión del G8 en Hokkaido, Japón, para que la sociedad civil exprese su malestar por la falta de medidas eficaces que reduzcan la pobreza y que consigan acercarnos antes del 2015 al cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) a los que se comprometieron más de 180 jefes de gobierno en el año 2000.

Aquí vemos a Caleb, Daniel y Paulin (responsable de la obra en Benín y que está pasando el verano en Burgos con su familia) y se añadió Natán (el pequeño de Guillermo y Arancha).

—A.Melguizo

Boda de Bill

Pennsylvania, USA, 17 julio 2008 — Carta de Bill Brubaker (que fue misionero con la comunidad de Málaga durante tres años):

Sé que hace tiempo ya que no os cuento de las novedades en mi vida. Pues, acabó el año escolar en junio y la mayoría de lo que estoy haciendo este verano es limpiar, organizar y cortar el césped en la casa de mi ma-

dre. [...] Aparte de esto claro que estoy preparando para la boda que celebraremos el **9 de agosto**. Os voy a echar de menos ese día. Os enviaré fotos. Vamos a hacer un viaje a Canadá la semana después, a la ciudad de Quebec y luego a la isla de Prince Edward. Esperamos que sea un lugar muy fresco en agosto.

Espero poder veros en el encuentro menonita en Barcelona. Ali y yo queremos ir si podemos. En la escuela



donde enseño, tienen dinero para que los profesores puedan ir a talleres para aprender más sobre la enseñanza o de la materia que enseñamos. Pues, les he dicho del encuentro menonita y estoy esperando una respuesta, a ver si pueden ayudar con los gastos del viaje y dejarme libre algunos días de mis clases para poder hacer el viaje.

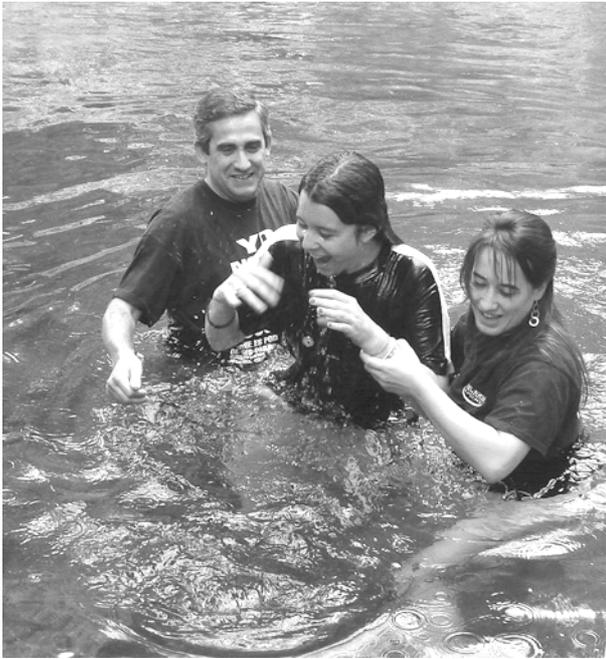
Bautismos en Burgos y en Hoyo

Burgos, 13 julio 2008 — La Comunidad de Burgos celebró el domingo el bautismo de Marlene y Sara en el río, en el pueblo de San Felices de Ruedrón. Marlene es Brasileña y lleva un par de años asistiendo a nuestra iglesia. Saray es una joven de quince años que también lleva un tiempo integrada en el grupo. Como suele pasar, el tiempo no fue buen acompañante, la temperatura era inferior a 20 grados y el agua estaba «fresca» — pero eso no fue obstáculo para pasar un buen día de campo, en compañía de la iglesia de la C. San Francisco, con la que compartimos culto los domingos durante el verano. —A.Melguizo

Hoyo de Manzanares, 6 septiembre 2008 —

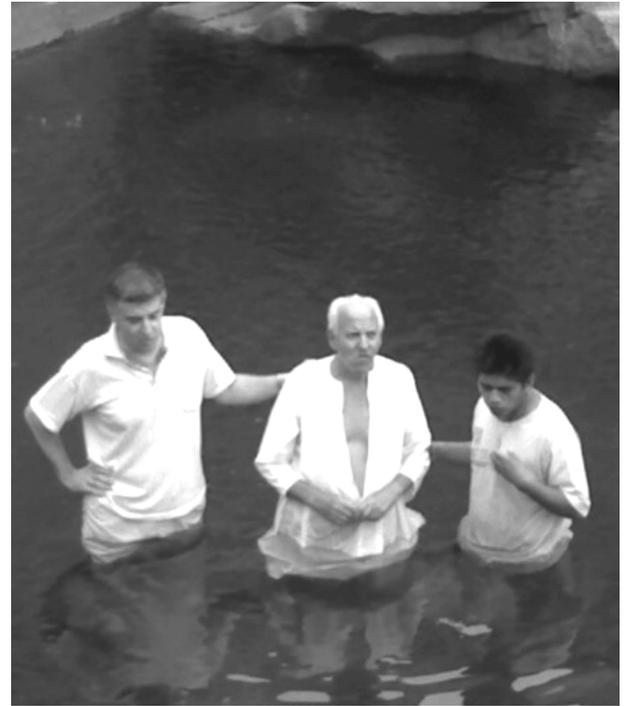
Ayer celebramos el bautizo de Yelio Montañó y Ricardo Labarga. El bautizo tuvo lugar en el río Manzanares, junto a los restos de una antigua presa situada entre Hoyo y Colmenar Viejo. Posiblemente, ésta era la primera vez que había bautismos de creyentes en toda la historia de Hoyo de Manzanares. También tuvimos la acogida en la iglesia de tres personas que cambiaron su membresía desde sus países de origen: Yiovanna Guerrero, Mirelia Jiménez y Julio Copali.

A la celebración acu-



Bautismos:
Burgos, izda.

Hoyo, dcha.



dieron varios miembros de la congregación de Madrid, y también nos acompañó Plácido (de Alicante). La reunión comenzó hacia las 11:30 de la mañana, en un paisaje algo agreste junto a la antigua presa. Comenzamos con una oración y una lectura bíblica tomada de Romanos 6, sobre el bautismo como señal de la asociación a la muerte y resurrección de Jesús. Después los bautizandos dieron sus testimonios (así como sus cónyuges), y la iglesia los interrogó, se comprometió con ellos y los aceptó en la comunidad. Después bajamos al río a realizar los bautismos. A continuación tuvimos también los testimonios de los nuevos miembros, y la acogida en la comunidad. Desde luego es impresionante lo que Dios ha hecho en cada historia personal.

Terminamos con un picnic bajo una agradable sombra a la orilla del

río, celebrando con una tarta el cumpleaños de Mila. Damos gracias a Dios por todo lo que ha hecho.

Un saludo desde América

Elkhart, USA, 17 de septiembre — Nuestros meses en Norteamérica están pasando sin que casi nos demos cuenta. Nada más llegar, tuvimos una semana de encuentro con misioneros de Canadá y USA en otras partes del mundo y con el personal que lo gestiona. Fue una semana muy agradable con algunos viejos conocidos y otra gente que pudimos conocer...

El congreso en México fue especialmente interesante. No sabíamos muy bien qué encontraríamos y descubrimos que era el primer encuentro entre colonos menonitas de origen alemán, que recalaron en México a principios del siglo XX después de migraciones que los llevaron por Ucrania y Canadá desde sus orígenes en el siglo XVI, por una parte, y por

otra menonitas mexicanos latinos, que adoptaron el cristianismo evangélico menonita como consecuencia de la labor misionera de diversos grupos de Canadá y USA. (Más o menos como los orígenes recientes —siglo XX— de los menonitas en otras muchas partes del mundo.) El tema de fondo fue, entonces, el de descubrir la identidad común. Una identidad «anabaptista» o «menonita» de nombre aunque en el fondo, unidad de identidad que sólo es posible en Jesús, con quien nos identificamos todos los que le seguimos, nos llamemos como nos llamemos.

Hemos tenido oportunidad de visitar con algunos parientes en el Oeste de USA y ahora estamos basados en Indiana y visitando una iglesia diferente cada domingo para hablar de misiones y agradecer el compromiso que tienen con nosotros tanto en oración como de mantenimiento económico.

Recordamos con cariño a nuestra familia en España, tanto la espiritual como la biológica, y ya tenemos ganas de veros en Barcelona cuando el próximo EME a principios de diciembre. —*Dionisio (y Connie)*



En México.

Los libros de la Biblia

Colosenses

Al leer esta carta podemos apuntar tres observaciones preliminares:

Primero, la carta, que en el saludo de apertura firman Pablo y otra vez Timoteo, parece escrita a una comunidad que Pablo no conocía personalmente sino sólo a través de ciertos intermediarios de su plena confianza. El fundador de la comunidad parece haber sido Epafras, de quien la única otra noticia que tenemos en el Nuevo Testamento, es su mención como compañero de prisiones cuando Pablo escribe a Filemón. La impresión que da la carta es que ahora Epafras se quedará con Pablo (o será reasignado a otro lugar) y los portadores de la carta, Tíquico y Onésimo, han de ser los que continúan su labor apostólica o catequética en Colosas. Pablo aprovecha la carta para recordar a un tal Arquipo, que Pablo está al corriente de qué tal él hace lo que tiene que hacer. Parece, entonces, que Pablo está organizando y supervisando todo un equipo misionero, que amplía su zona de influencia donde él no puede ir. Pablo mismo, naturalmente, se siente plenamente quién para escribir e instruir en la fe a estas comunidades, aunque no los conozca personalmente.

En segundo lugar, la carta es tan breve que no parece tener que estar atajando ningún «problema gordo» en particular. En cualquier caso, la enseñanza específica que contiene nos daría a entender que la situación podría ser como la que habíamos visto en su carta a los Gálatas, donde los cristianos son todos de la etnia israelita; o bien, alternativamente, como la que hemos visto en Efesios, donde la comunidad cristiana está aceptando de pleno a personas que proceden del entorno pagano. En cualquiera de los dos casos, como Pablo también explica en su carta a los Romanos, todos los *mesiánicos* o «cristianos», indistintamente, tienen motivos para avergonzarse de su pasado y desear pasar a una nueva manera de vivir, como seguidores de Jesús y súbditos del Reinado de Dios que Jesús había dicho que traía.

En tercer lugar, los *mesiánicos* de Colosas parecen estar reuniendo como pequeñas células caseras. Sabemos que en casa de Filemón se reunía un conventículo cristiano (Flm 2) y no es inverosímil imaginar que fuera en esta ciudad. La carta especifica otro grupo, que se reúne en casa de una tal Ninfa. Según el capítulo 4, en Laodicea y Hierápolis (dos poblaciones que se hallan a menos de una hora de distancia, andando a pie) parece que también existen conventículos *mesiánicos*. A Pablo le parece natural que su carta a los laodiceos (que no se conservó) se pueda leer también en Colosas; y la destinada a los colosenses, en Laodicea. Por esto y por la extrema proximidad de estas tres poblaciones, no resulta inverosímil suponer que hubiera un intercambio más o menos frecuente entre las células caseras de la región; tal vez —¿quién sabe?— unos mismos predicadores y catequistas ministraban en todas.

Hasta aquí lo que podemos ver en Colosenses, a manera de pequeña «ventana» por la que espiar la vida de aquellas comunidades misionales primitivas.

Disponiéndonos a resumir en pocas palabras el mensaje principal que parece contener esta breve carta, quizá habría que quedarse con el tema de la gloriosa primacía de Cristo en el orden de la Creación; y paralelamente, la identidad colectiva de sus seguidores —los destinatarios de la carta, en este caso— conjuntamente con Cristo.

Sobre Cristo, esta carta dice que es la imagen o representación visible del Dios invisible. Dice que es el «primogénito» de toda la creación — lo cual tiene que significar muy especialmente su particular privilegio y honor entre todas las cosas y todos los seres creados; pero también se suele entender, en la teología cristiana, como señal de su preexistencia en el tiempo, anterior a todo el resto de la Creación. En cualquier caso este ser humano, el Mesías de Dios para Israel, es quien por su manera de vivir y morir y resucitar, explica el por qué

de todas las cosas y da sentido a la vida humana y a la experiencia humana en el transcurrir de toda la historia de la humanidad.

Y a continuación pasa a enfatizar paso a paso, basándose en el bautismo cristiano como escenificación de la muerte y resurrección de Cristo, la plena identidad de los *mesiánicos* con éste su Mesías. El haber sido crucificados juntamente con Cristo mediante el bautismo ha de armarnos de fe y valor y esperanza, entonces, para vivir como plena encarnación de los valores «de arriba» —es decir divinos— en las a veces duras y peligrosas circunstancias de la vida aquí en la tierra, como pequeña «secta» incomprendida, malamente tolerada, a veces perseguida —como fue perseguido Jesús. Porque allí donde se manifiesta la gloria de Cristo, cuando ésta se manifiesta, se manifiesta también, conjuntamente, la gloria de sus seguidores (que son como él).

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org